

PRECIO EN MADRID

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 14 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR:

LUIS RIVERA.



GIL BLAS

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 82, principal izquierda.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

DIBUJANTES:

PEREA Y LLOVERA.

ADVERTENCIA.

Por supuesto que el Sr. D. José Peirano, de Bilbao, continúa sin pagar. En vista de este fino comportamiento, la Administración de GIL BLAS se ve en el caso de decir á los vendedores de provincia, que se sirvan remitir su importe con exactitud, antes del primer número del mes próximo, sino quieren experimentar retraso.

Los suscritores de provincias, cuyo abono venza á fin de Mayo, se servirán renovar como Dios manda.

CRÓNICA POLÍTICA.

Las profecías de Pepito Selgas empiezan á realizarse: vaticinaba no hace mucho tiempo que todo se andaría, y en efecto, á lo que parece, ya comienzan las andaduras.

Si yo tuviese—que no la tengo, y libreme Dios de tenerla—esa perspicacia de Selgas, tan á propósito para descubrir maldades y crímenes por todas partes, para buscar el origen y causas de estos crímenes, y para glosar á mi modo tan alegres sucesos, escribiendo graciosos y humorísticos comentarios, La Correspondencia me proporcionaría quizá la primera ocasión de ejercitarme en este género de literatura.

Anoche (dice el mencionado periódico) puso fin á sus días, arrojándose al pozo de su casa, un individuo llamado Isidro Fernandez y Gonzalez, encargado de una tienda de vinos establecida en la calle de la Gorguera, número 7.

Natural parecía compadecer á este infeliz y respetar su desgracia; pero esto que tan razonable parece á los espíritus pequeños, que es como si dijéramos, al vulgo de las gentes, está muy lejos de serlo para los hombres que, elevándose á muchos metros sobre la generalidad, hallan en todo motivo para profundas y trascendentales investigaciones, para esos filósofos, á lo Selgas, que saben hacer de un hecho una ley general—se entiende siempre que este hecho sea triste y deplorable—que de otro modo ninguna ley saben deducir.

Porque es digno de observarse este hecho curioso. Un hombre, en un momento de exaltación funesta, ó movido por mezquinas pasiones, comete un crimen, y no falta un neo ¿qué ha de faltar? que se apodere de este hecho y lo arroje al rostro de la sociedad, diciendo con incomprendible fruición: «Criatura humana, hé ahí para lo que sirves, hé ahí lo que vales;» pero acontece un día que otro hombre expone su vida por salvar la de un niño inocente, la de un anciano impedido, y ni por asomo se le ocurre á un neo-católico exclamar: «Aun existen en la tierra nobles corazones y sentimientos elevados.» Toma, y gracias que no interprete el acto á su manera, y encuentre en el algo de censurable.

Y volviendo ahora al desgraciado suicida, estoy por asegurar que no han de pasarse muchos días sin que los periódicos llamados católicos, digan que empiezan á observarse los efectos de las ideas de progreso y de civilización.

Selgas dice: «Aquí,—en España— aun no hemos llegado al asesinato, pero si continuásemos progresando llegaríamos pronto.» Así es la verdad: ya hemos llegado. El mismo periódico á que antes me he referido, dice:

«Ayer tarde fué herido de alguna consideración en el vientre, un joven llamado Angel, hijo de una vendedora de fresa en la plazuela de San Miguel, por un individuo cuyo paradero se ignora.»

Un hombre herido no es un hombre muerto, ciertamente; pero fuerza es confesar que ha podido serlo. Se ve, pues, que aunque todavía no estamos en España tan adelantados como los Estados-Unidos ó la Inglaterra, principiámos á manifestar síntomas, según la teoría de Selgas, de ser un pueblo civilizado.

Voy á continuar leyendo La Correspondencia:

«Segun hemos oido, la cuestión que ocasionó la desgracia es bien insignificante, pues se reduce á que hallándose sentados juntos en la plaza de toros la última corrida, y sin conocerse; tuvieron una leve disputa sobre si el Gordito era mejor torero que el Tato y vice-versa.»

El diario noticiero ha de permitirme que al llegar aquí dude bastante de la exactitud de sus informes. Lo que refiere es completamente imposible, y por tanto absurdo. ¿Cómo, esa fiesta nacional que dulcifica, como es sabido, los sentimientos; que suaviza las costumbres, ha de haber originado un crimen de esa naturaleza? No, y mil veces no: lo que ha sucedido no reconoce otra causa que el progreso y el adelanto del siglo: un espectáculo tan antiguo, una función tan patriótica,—segun los neos,—no puede tener nunca tan tristes consecuencias. Pueden morir los lidiadores en la plaza, eso sí; pero el público no se conmueve por tan poco y aquello se olvida al abandonar el palco ó la barrera.

Desengañémonos, Selgas lo ha dicho, y cuando lo ha dicho, aprendido se lo tendría; los crímenes, los asesinatos, los suicidios, sólo se verifican en los países muy adelantados, y sólo tienen su origen en ese mismo adelantamiento.

¡Oh! seguro es que si La Correspondencia rectifica sus noticias; y adquiere mas circunstanciados informes aprenderá que la fatal manía de pensar, ó alguna doctrina de un periódico, ó quizás unas aplicaciones del telégrafo eléctrico, ó tal vez alguna disputa sobre los viajes en ferro-carril, ó el crédito, del cual con tanto ingenio como razon se burla Selgas muchas veces, ó en fin, uno de los diabólicos descubrimientos de la ciencia actual, es lo que ha guiado el brazo que hirió al joven Angel.

Infórmese bien La Correspondencia, y si por fortuna descubre—que si lo descubrirá,—que ésta ha sido en efecto la causa de la desgracia, tendrá ocasión de decirselo á Pepito para que el grite lleno de gozo santo y envidiable: Dije que llegaríamos; pues bien, caballeros, ya hemos llegado.

Basta de acontecimientos tristes: Tiempo es ya de entrar de lleno en la política. Las sesiones de Cortes se han suspendido. En el Senado primero, y despues en el Congreso de los diputados se leyó el siguiente decreto:

«Usando de la prerogativa que me compete por el artículo 26 de la Constitución de la monarquía, y de acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros, Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único. Se suspenden las sesiones de Cortes en la presente legislatura.

Dado en palacio á 19 de mayo, etc.»

Está bien. Los diarios ministeriales aseguran que el período parlamentario ha sido laborioso y fecundo. Ellos pueden tener razón; pero á mi, respetando su opinión, me parece que no la tienen.

MELODÍAS BUFAS.

IX.

ANACREÓNTICA:

¿Me quieres? Ven al valle, pastora de mi vida,

que ya el calor y el polvo, de la ciudad fastidian,

Verás cuántos placeres te ofrece la campiña,

y cómo se coloran tus pálidas mejillas.

Conmigo, y los zagales que del rebaño cuidan,

vendrás, cuando no llueva, por la mañana á misa.

Apenas te conozcan las ovejuetas tímidas,

triscando irán alegres sirviéndote de guía.

Y cuando el sol ya dore las últimas colinas,

tendrás de mi cabaña la dulce paz tranquila,

y al verte las doncellas se morirán de envidia.

—¿Que el campo no te gusta me dices, pobre niña?

pues, ¿no viene del campo cuanto nos causa dicha?

El grano que conservas, el fruto que codicias,

el ave que aprisionas, el aire que respiras;

la leche que te nutre, la rosa que te hechiza,

el gallo que te sigue, el eco que te imita?

En la ciudad, ¿qué encuentras? si sales, ¿qué fatiga!

si no, la pejiuguera de recibir visitas.

MANUAL DE EDUCACION

PARA USO DE LOS JÓVENES INCAUTOS QUE ENTRAN EN EL MUNDO POR LA PUERTA... DEL SOL

Del modo de portarse en la mesa.

—¿Qué es la mesa?
—Un mueble donde se come.
—¿Cuántas mesas se conocen?
—Dos: la redonda y la cuadrada.
—¿Qué es mesa redonda?
—Aquella en que pagan todos los que comen, ó en la que suelen comer todos los que pagan.
—¿Y la otra?
—Aquella en que comen varios y paga uno solo.
—¿Qué harás cuando te sientas á la mesa?
—Comer.
—Si tus piés se tropiezan con los de una jóven, ¿qué deberás hacer?
—Estarme quieto.
—¿Y si tropiezas con los de una vieja ó un académico?
—Retirarlos en seguida.
—¿Con qué tomarás todo lo que sea sólido?
—Con el tenedor, porque con la cuchara se pierde tiempo.
—¿Por dónde se empieza á comer, por la sopa?
—No señor.
—¿Pues cómo?
—La buena educacion enseña que se debe empezar á comer por lo primero que saquen,—aunque sean os-tras.
—¿Dónde pondrás el pan?
—A la izquierda, que es el lado del corazon, y así le muestro mi cariño.
—¿Qué caldo te gusta más?
—El caldo gordo.
—¿Ya sabes que no se ha de tomar un bocado sin haber tragado el otro.
—Lo sé, aunque algunos los tragan á pares.
—¿Qué conversaciones deben traerse á la mesa?
—Las más alegres y las que puedan contribuir á despertar el apetito. Por ejemplo: ¿sabe Vd. que la comedia estrenada anoche en el Príncipe no gustó?—¿De veras?—Calle Vd., si es un mamarracho.—Aquí no hay ya literatura.—Y se silbó.
Otro ejemplo apetitoso:
—Pues sí, me han dicho que á Fulano le dejan cesante.
Regla general.—No hables nunca de los neos en la mesa, porque es cosa que quita el apetito.
—¿A qué distancia debe colocarse el plato?
—Para contestar á esa pregunta, me voy á valer de una cita de autor acreditado. El Sr. D. Juan Escoiquiz, canónigo de Zaragoza, en su Tratado de las obligaciones del hombre, pág. 101, línea 5.ª, dice lo siguiente:
«El plato debe colocarse á una distancia moderada.»
—Es buena distancia para comer.
—¿Cuántas clases de comidas hay?
—Cuatro: la comida oficial, la comida política, la comida patriótica y la comida particular.
—¿Qué debe hacer un hombre bien educado despues de haber comido?
—Fumar un buen cigarro de la petaca agena.
—¿Cuál es el mejor elogio que puede hacerse de una comida?
—No dejar nada en los platos.
—¿Por qué en ciertas comidas se le dá á cada convidado la lista de los platos?
—Para que haga provision de apetito.
—¿Sabes algun proverbio relativo á la mesa?
—Sí señor, este: «Dime con quién comes y te diré cómo piensas.»
A VENTURAS DE UN PANTALON DE COLOR DE CAFÉ
POR GERARDO BLANCO.
—Pobre pantalon mio! Si señor, muy pobre, muy pobre; nunca llevaba un cuarto en el bolsillo! Siempre tenia cien bocas abiertas... pidiendo pan sin duda! ¡Y siempre corto, siempre corto y cortado! ¡Era la misma humildad!
Su historia es triste, conmovedora... ¡hasta el llanto! Era un pantalon de mucho porvenir y murió en la flor de su edad, víctima de su deber... porque debía mucho... ¡en fin, murió para el mundo y aun debía la vida al sastre su papá!
Porque su papá, verán Vds., su papá era un sastre muy afamado, tan afamado que tenia un crédito de quinientos ochenta y siete mil reales contra toda la juventud elegante de la poblacion. ¡Duden Vds. ahora de la fama de aquel sastre!
—Pues señor, era un domingo y el pantalon llegó á mi poder recién salidito al mundo. ¡Daba gloria de Dios el verle!

tenta probarle á su adversario literario ó político, que la literatura árabe tiene gran importancia en la historia de la poesia española.

Su adversario de Vd. contestará de fijo en estos ó parecidos términos:

«Las palabras del Sr. K, cuya conducta es de todos por desgracia conocida, son exactas, y nadie dudará de ellas. Los árabes, señores, fueron, en efecto, grandes poetas, pero no me negareis que á pesar de eso, el señor K es un zamacuco. (Sensacion.) ¡Todos sabemos cuánto hicieron los califas de Córdoba en pró de la literatura de su tiempo, más ¡ay! que aquí el verdadero califa y bajá de tres colas es el Sr. K, mi particular amigo! (Rumores.) Yo no quiero personalizar las cuestiones, señores. ¡Yo odio las personalidades, pero no puedo menos de decir una cosa; antes y despues de los árabes, toda nariz del tamaño de la de mi adversario, ha sido una cosa muy fea y muy perniciosa! (Risas.) Aplausos.) Narices de ese vuelo son siempre perjudiciales. He dicho.»

Tal es el sistema español. Tal es la manera usual de empezar y concluir todo género de discusiones.

Obsérvese con detenimiento, y se verá que la cuestion más importante puede ser discutida en un periodo determinado de horas ó de dias.

Y sin embargo, aquí no se sabe nunca cuánto tiempo puede emplearse en hablar de una cosa.

Camprodon, de quien todos los escritores han murmurado, y á quien todavia critican todos con preferencia, (no sé por qué, supuesto que casi todos escriben como él.) Camprodon ha dicho muy buenas verdades en sus malos versos.

Y él ha sido el autor de una frase que casi es proverbio hoy en toda la peninsula é islas adyacentes:

En los negocios de Estado la buena forma es el todo.

Y vean Vds. por dónde encuentro camino para concluir mis tristes reflexiones.

La palabra Estado, viene á recordarme los sucesos de la semana que acaba de espirar, y los sucesos de las que espiraron antes... y otras muchas cosas.

Y acabo este artículo con una buena noticia. Puede que sea vieja para Vds. Puede que ya no les interese.

A eso estoy yo acostumbrado, pero la noticia es gorda y debo darla. —¿Que es gorda? preguntará alarmado el lector. ¡Qué demonios va á contarnos este hombre!

—Calma, y no alarmarse. Mi noticia es esta: Se han acabado las sesiones de Cortes.

Diccionario de GIL BLAS.

- LUMBRERA.—Un discurso del Sr. Thous.
LISONJA.—La tohalla de que nos servimos para limpiar el sudor al potentado.
LÁTIGO.—La razon del mayor... bruto.
LIBERTAD.—¡Addio, addio, mia cara Rosina!
LIBERAL.—Un iluso, segun los neos; un desgraciado, segun GIL BLAS.
LIBRANZA.—El iris de los administradores de periódicos.
LÁGRIMA.—La llave que usan las mujeres para abrir el bolsillo de los maridos.
LADRIDO.—Suspiro de un neo.
LACRE.—El cerrojo de las cartas.
LANGOSTA.—Un editor.
LECHE.—El pretexto de los lecheros para vender agua.
LEGUA.—Metro de los versos que suele insertar La Regeneracion.
LEÑA.—Uno de los artículos que suelen dar á los empleados en ciertas propiedades rurales.
LIMPIADIENTES.—La chuleta de los vagos de café.
LIQUIDARSE.—Verbo que dentro de poco empezaremos á conjugar los madrileños.
LIBRO.—¡Lo que no se compra ni por un ojo de la cara!
LETRILLA.—El Rigoletto de la poesia.
LIMPIA.—Una de las cualidades de la Academia de la lengua.
LUTO.—El ayudante de la hipocresia.
LEVITA.—La prenda que mejor ha vestido en la última temporada Catalina, (el actor.)
LÁPIDA.—El sobre de los difuntos.
LENGUA.—La tijera de los envidiosos.
LANA.—El gaban de los carneros,—y el pelo de algunos hombres.
LITERATURA.—La victima de estos tiempos,—y de aquellos.

—¿Qué dice usted de nuevo?
—Que se casó Felisa.
—¿Con quién?—Con un regente.
—¿De Audiencia?—De botica.
—¿Y su primo Arturo?
—Arturo está en Sevilla, y es escritor... ¡Ah! ¡escribete!...
—En una escribania.
—¿Y es cierto lo que corre?... me han dado unas noticias...
—¡Ah! sí señor, se muere...
—¿Quién?—¿Cómo quién? mi Linda. Jugando hace tres noches ha dado tal caída, que tiene todo el cuerpo más negro que la tinta.
—¿Ha estado usted en Price?
—Ayer con la familia...
—¿Yo estuve en Variedades y no entendí ni pizca.
—¿Pues qué hablan?—Italiano, segun me dijo un quidam que me pidió una breva de parte de un artista.
—¿Te marchas ya?—¿Qué quieres? Me está esperando Emilia.
—¿Y á ti, Juan, quién te espera?
—Un toro de Gaviria.

Pastora, ven al valle si tu ventura estimas, y ven, antes que junio los sesos nos derrita; mira que la existencia se pasa muy aprisa.
M. DEL PALACIO.

COMEDIMIENTO!

Hace algun tiempo, y á propósito de arte musical, promovióse una polémica larga y animada entre un músico y un literato.
Creo que el literato se llamaba Vinageras, y el músico Barbieri.

En uno de los artículos, el maestro Barbieri lanzó una frase que á la mayor parte de los que la leyeron les hizo pegar un salto.

Yo no recuerdo en este momento la frase, pero recuerdo la sustancia.
Recuerdo que el maestro, mi querido amigo, venia á decir sobre poco más ó menos:—En España lo que falta es educacion.

Esto, naturalmente, pareció un poco fuerte á algunos sujetos.

A mí me pareció flojo. Porque me gusta que las personas se permitan alguna libertad de vez en cuando.

Es necesario persuadirse de una gran verdad. Los españoles somos gente casi ordinaria.

Trátase de lo que se trate, hablese de lo que se hable, ocurra lo que ocurra entre españoles, la forma ha de ser atroz, sin remedio ninguno.
El lector no tiene más que recordar para convenecerse.

Le da á Vd. un empujon en la calle uno que lleva la izquierda, y le echa á Vd. al arroyo, y en lugar de pedir perdon por el trastazo que le ha pegado, todavia dice:
—¡Parece que vá Vd. ciego!
Y si Vd. se queja, hay una pelotera, de seguro.

Aquí se fuma en todas partes, delante de las señoras. Aquí se entra en todas partes con el sombrero puesto.
Para nombrar á un ausente ó á un desconocido cuyo nombre se ignora, se le llama tio. Tenemos el derecho de parar á cualquiera en la calle para encender nuestro cigarro en el suyo. En los viajes el gran secreto consiste en acomodarse bien á costa del compañero. La franqueza llega hasta el abuso, y la imprudencia se disfraza con el nombre de carácter expansivo. En una palabra, somos civilizables todavia.

Pues bien; estas observaciones, que son generales, pueden particularizarse y elevarse á la par.

Puédese observar que la grosería que empieza en el vendedor ambulante, cuyo mal humor ahuyenta á los compradores, y se agranda en el pollo que se atreve á decir palabras libres á las mujeres que le gustan por la calle, y crece en el amigo de confianza cuya idem llega hasta colarse sin decir «¿se puede?» en el tocador de su mujer de Vd.; esta grosería llega á la cúspide de su posicion social y logra tener entrada en los salones y en el seno de los gabinetes; y enténdame quien pueda.

Está averiguado que en España no ha nacido hombre con talento suficiente para discutir con otro un punto de ciencia, por ejemplo, sin meterse en la camisa de once varas, de su adversario.

En España no se puede probar que dos y dos son cuatro, sin decir antes que quien tal sostenga es un pillo.

Usted, hombre político, ó escritor distinguido, ó médico inofensivo (esto último es difícil que lo sea), Vd. in-

EL TAPICERO DEL SIGLO.



—Aquí está la cuenta del mueblaje de la casa,—al uso del día.

¡Flamante, brillante, tirante, deslumbrante!
Yo me lo puse, pues para esto lo había mandado fabricar; salí a la calle con él, por supuesto, y con diez y siete reales que conservaba hacia la friolera de once meses, para algún caso extraordinario que pudiera sucederme.

Salir como digo a la calle, y encontrarme a un amigo verdadero, uno de esos amigos a quienes debe uno más de cuatro favores, todo fué obra de un momento.

—Chico, me dijo asombrado, notó hoy en tí algo nuevo, algo extraño...

—¿Algo de pantalon que se estrena, eh?

—¡Calla! ¡Pues es verdad!

—¿Qué te parece?

—¡Perfectamente! y haciendo en su interior un imprescindible silogismo, añadió en seguida; me parece perfectamente, y en su vista no vacilo en suplicarte me prestes diez y seis reales que necesito con toda urgencia.

—¡Hombre! exclamé yo con la escama mayor del mundo; ¡diez y seis reales! ¡y no tengo más que diez y siete!

—¡Ah! ¡luego tienes diez y siete?

—¡Maldita lengua! dije sin que lo oyera; y añadí en voz alta: ¡Sí, diez y siete!

—¡Bueno, pues anda, te quedan ocho cuartos y medio!

—¡Justamente; ya ves tú.

—Lo que veo es que los necesito a toda costa y que tú los tienes y que no puedes negarte a prestármelos; ya ves, ¡quién tiene valor de estrenar un pantalon en estos tiempos!

—Es verdad, repuse conformando y sacando los diez y seis reales. ¡Toma y cuidate mucho! añadí.

—Gracias, chico, y echó a correr.

Yo me quedé mirando al pantalon, y diciéndole:

—¡Maldito seas! ¡Son estas las ventajas que me proporcionas! Pues si seguimos así, ¡voy a mandarte al cuerno!

El pantalon calló, porque no tenía otro remedio, y yo seguí mi camino.

Una morena, criada de servir, y que me amaba, según me había probado en algunas ocasiones, me aguardaba en la esquina de una calle, según de costumbre tenía todos los días que eran fiestas de guardar.

Al verme y mirar mi pantalon, exclamó asustada:

—¿De dónde ha sacado Vd. ese pantalon?

—Hija, de la sastrería; ¿de dónde he de sacarlo?

—¿Con que de la sastrería, eh? ¿De la sastrería? ¡Le parece a Vd. que aquí no sabemos las cosas ó que comulgamos con ruedas de molino? ¡Ese pantalon pertenece a mi señorito!

—¡Muchacha! ¿qué estás diciendo?

—Lo que Vd. oye, si señor, lo que Vd. oye. Ayer noche le fué robado; era de color de café y sólo una vez se lo había puesto... ¡con que figúrese Vd.!

—¡Lo que me figuro es que esa villana calumnia va a costarte muy cara!

—A Vd. si qué... ¡Vá Vd. a ir a un presidio! ¡Ya veremos! ¡Con que aun se viene Vd. con amenazas? ¡Hombre, hombre! ¡Pues no faltaba más!

A todo esto, la gente curiosa se iba arremolinando al oír los gritos... y el pantalon seguía brillando el infame, como si tal cosa ocurriera. ¡Endemoniado pantalon!

El círculo de los curiosos fué aumentándose de una manera atroz, y la criada ponía el grito en el cielo, que es cuanto hay que decir.

¡Yo no sé por qué demonio le inspiraban tanto interés los pantalones de su señorito, pero es el caso que a mí me fastidiaba completamente!

Sin saber cómo salir de este aprieto, y temiendo la aparición funesta de algun encargado del orden público,

ideando estaba algun favorable recurso para largarme, cuando un caballero con el bigote retorcido se abrió paso entre la gente, y reconociendo a la jóven, dijo con voz de mando:

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede aquí? ¿Qué escándalo es este?

—Este amigo que tiene los pantalones que le quitaron a Vd. anoche!

—¿Sí? Vaya, pues ménos escándalos y marchémonos para desorientar a esta gente. Sígame Vd., caballero.

Nos alejamos efectivamente de aquel lugar, no sin cierta vergüenza por parte mia al verme autor forzoso de obra tan vergonzosa é infame.

(Se concluirá.)

CABOS SUELTOS

En el Circo del Príncipe Alfonso se ha presentado el artista ecuestre Sr. James Robinson, que goza de una reputacion merecida.

Robinson trabaja en pelo, dominando los más difíceles equilibrios con un aplomo y maestría dignos de los aplausos que le prodiga el público.

Es un artista muy notable, y nos recuerda los mejores tiempos de *La Epoca*. Con esto está hecho su elogio.

Segun la estadística oficial hay en España 27.000 pueblos sin maestro de instruccion primaria.

Yo apuesto a que no hay 27.000 pueblos sin plaza de toros ó sin novilladas.

